

echarán un guante, uniéndose para comprar, algo rico ó bello, que perpetúe la memoria de una fecha señalada, en vez de enviar doce bomboneras, treinta frascos, veinte canastillas de flores que se ajan antes de llegar á su destino, diez y nueve figurinas de biscuit con la pierna levantada, y trece de esos horridos violeteros Imperio, que á los quince días se desdoran.

Con lo actual, los bazares se sostienen, y los floristas, (encantadora industria, no debe negarse), hacen su agosto en pleno invierno. Hago esta observación, invariablemente, el día del beneficio de María Guerrero, en Madrid. Se convierte en jardín el escenario, al salir á él los ramos, las canastillas, las plantas, los cestos enormes que embalsaman el ambiente. Todo viene coquetón, lindo, lozano, engalanado y pomponado con lazos de cinta ancha, fina, de los colores de moda. Y calculo la frágil, la efímera vida que está reservada á tanta belleza. Mejor sería—y no me tomen por un espíritu prosaico—un servicio de plata, un juego de Sévres, una estatua, un libro. Sólo que las flores ¡lucen tanto!

Probablemente, nunca variará este modo de ser, ni se desterrarán, mientras haya concursos de esto y de aquello, las copas sobre su pedestal de madera barnizada.

* * *

En los concursos hípicos se observa progreso. Se van aclimatando; el público entra en ellos; el ejercicio es á cada paso más lucido y brillante. Yo lo creo muy útil, y además, encuentro que así la oficialidad española se aficiona á los nobles juegos del valor y la destreza. Las condiciones de la victoria suelen ser muy rigurosas. La menor falta perjudica. No importa que se haya salvado admirablemente un terrible obstáculo, una ingente banqueta, si no se evitó rozar una valla ó hacer caer el sombrero del monigote que, en compañía de otros peleles, se sienta ante una mesa servida sobre la cual hay que pasar como volando. En la maestría del caballo, en sus condiciones para el ejercicio, está cifrada la esperanza del jinete; pero también éste necesita ser (como el valiente Spencer, por ejemplo), un semicentauro; saber regir al noble animal de modo que suba, y baje, y salte, y se arroje, y parezca tener alas, y se contenga y lo haga todo puntual y ajustadamente, en momentos difícilísimos.

* * *

Raro es el profesional de concursos hípicos que no ha sufrido alguna de esas caídas que parecen, al pronto, mortales de necesidad. Una cicatriz en la frente juvenil delata el lance y asombra que se sobreviva, después de haber pasado diez, doce, veinticuatro horas sin conocimiento. No por eso dejan, apenas restablecidos, de volver á la liza. ¡Las costaladas! ¡Bah! Son incidentes, son menudencias; el que escapa, probablemente no sufrirá otro percance así. Con buen humor de muchachos, se ríen de lo ocurrido. El concurso es una friolera, si se compara á lo que se hacía en la guerra, y sin premios de copas. Pues no eran pocas, las caídas, por aquellos riesgos del diablo... Gracias si, al caer, no se rodaba por un precipicio, gracias si todo se reducía á huesos molidos y costillas brumadas. Y con estas gallardas explicaciones, nuestros nervios femeniles se tranquilizan algún tanto, á la hora en que el jinete toma carrera para subir de una arrancada tres metros de pared vertical...

Todo lo que no sea *sport* caprichoso, lo que llena un fin, es de oro para la raza, que conviene mejorar y virilizar sin desmayo. Jugar al *golf*, puede ser diversión de *snohs*; los concursos hípicos, en cambio, en un país como el nuestro, que posee magníficas razas caballares, responden á tantas indicaciones, que el alentarlos es patriótico.

* * *

La Coruña ha festejado estos días, con banquetes y veladas, á un prelado que tiene personalidad y nombre: el obispo de Jaca, D. Antolín López Peláez. Este obispo es un fecundo y prestigioso escritor. En su activo figuran unos veintiocho ó treinta volúmenes de nutrida lectura y sugestivo asunto, y la mayor parte de sus libros, por no decir todos, constituyen estudios muy serios y doctrinales sobre puntos de historia, de sociología, de derecho, de erudición. Hay una relación estrecha entre la vida y los escritos del sabio obispo: siendo canónigo en Lugo, ilustró con su pluma los anales y recuerdos de la bella Catedral lucense. Electo obispo, y proclamado senador, López Peláez hizo una memorable campaña parlamentaria, dando no poco que hablar á la prensa, y algo que

rabiar á los ministros, sin excepción de los conservadores; porque el obispo de Jaca no venía á inquietar á los liberales solamente. El reflejo de tan empeñada lucha lo encontramos en los libros que publicó últimamente el obispo, sobre cuestiones que podemos llamar eclesiástico-político-sociales. Entre ellos descuella una labor asidua en favor de la «buena prensa» más ampliamente comprendida de lo que lo ha sido por otros adalides de las mismas ideas, que no conocen tan á fondo como López Peláez este problema capital, según se halla planteado en países extranjeros. Le consagra dos libros muy notables, que, en su terreno, bien puede afirmarse que dejan agotada la cuestión: los titulados *Importancia de la Prensa y La Cruzada de la Buena Prensa*. El convencimiento del incansable adalid, de que hoy es la prensa «el explosivo de la idea, más fuerte y más irresistible que cuantos ha inventado la química» le lleva á procurar, por todos los medios, la formación de una prensa católica, fuerte, ilustrada, batalladora, muy superior, si es posible, á la prensa enemiga del catolicismo. No se le oculta ciertamente al obispo lo arduo de la empresa. Conversando sobre asunto de tan vital interés, tuve yo ocasión de manifestarle á mi respetable amigo algunos de los obstáculos con que, en mi modesta opinión, se ha tropezado siempre. En España, la prensa oficialmente católica sufre dos plagas: la violencia sañuda en las polémicas domésticas, por decirlo así, entre católicos, y la insipidez y sosera del texto pacífico. De esto habla el obispo, acertadamente, en su libro *La Cruzada*. Cuando tenía alguna gracia un periódico de la comunión, era que hincaba el diente á sus correligionarios, gastando la fuerza en las campañas de injurias que divierten á la gente maleante. O andaban á la greña, ó se caían de las manos. Yo conozco á una señora católica ferviente, y militante, que, concienzudamente, se suscribe á los periódicos católicos; pero confiesa que no puede llegar, en su abnegación, más allá de haberse suscrita: no le es posible quitarles la faja.

* * *

Sin género de duda, si alguien puede realizar, en España, la reforma, y crear una prensa católica poderosa, informada, culta, moderna en el mejor sentido de la palabra, es este obispo, animoso, docto, respetado por sus virtudes, méritos y sabiduría; y, además, convencido de que no hay prensa buena con periodistas malos, que no dominen el arte de hacerse leer, de captarse al público, de ejercer sobre él gustosa sugestión. No pretendo decir que nada de lo que el obispo de Jaca aspira á que se haga, no haya sido hecho en parte; pero hay mucho camino que andar, mucho que henir en este asunto. El infatigable propagandista es el indicado para dar vuelo á propósitos tan cristianos como europeos.

* * *

Lo que ha valido al obispo de Jaca homenajes en la capital de Galicia, no es el aspecto político de su labor, sino otro muy marcado y predominante en ella, el regional. Sin ser gallego, el obispo se ha interesado siempre por lo que á Galicia afecta, estudiando en notables libros las figuras de Feijóo y Sarmiento, y ahora, recientemente, la de un gran santo del país, San Froilán, patrono de Lugo, y en la misma ciudad nacido. Obscuras, escasas y hasta contradictorias á veces las noticias sobre este varón insigne el obispo de Jaca las hace revivir, como al limpiar antiguos frescos, van descubriéndose borrosas formas y colores que el tiempo había nublado. En bello é interesante libro vemos renacer al Santo del siglo noveno, al hijo de la dama del poético sepulcro; primero cenobita, en uno de aquellos repuestos lugares que entonces la contemplación prefería; purificando sus labios con carbones encendidos, para saber si Dios le destinaba á la predicación; favorecido con las primeras sublimes visiones; fraternizando, antes que el Santo de Asís, con el «hermano lobo»; fundando monasterios; por último, obispo y consejero de los reyes. Y había asaz que aconsejar, pues en aquellos momentos, la patria, invadida y rodeada de peligros, la fe, amenazada también, necesitaban del apóstol y del guerrero, de todas las voluntades y de todas las energías espirituales y materiales. La reconquista no se hacía sólo por las armas; hombres como San Froilán contribuían poderosamente á ella.

El haber sacado de la sombra á esta figura tan regional y tan nacional, digna del hagiógrafo y del historiador, es un nuevo título para que en Galicia se quiera bien al «batallador obispo.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las señoritas de mi pueblo han demostrado excelente sentido. Invitadas á conceder un premio para el concurso hípico, prescindieron de la tradicional, asendereada copa, y regalaron, por subscripción, un rico reloj extraplano, con su cadenita de platino y oro, y su medalla conmemorativa.

Estas copas de plata, premio por antonomasia, son una de las plagas de nuestra época. Hacen la competencia al unguento amarillo. Llenan, es cierto, el fin de dar á los plateros subida ganancia, porque, á sus otras desventajas, reúnen la de ser el objeto en que la plata labrada, en menor peso, cuesta más. No sería fácil explicar por qué este metal precioso, trabajado en forma de copa para premios, se paga doble ó triple que cincelado ó repujado muy artísticamente para mesa ó tocador. La grey ha aceptado la copa y de ahí no sale. Ofreciendo un objeto más bello ó más útil, crearían infringir los cánones del buen tono.

Copa en los concursos hípicos; copa en el tiro de pichón; copa en las regatas; copa en el *bridge*... ¿Y qué se hace después con las tales copas? Supongo que guardarlas en un armario, en la inofensiva compañía de los termómetros simbolistas y los acéricos de monjas. Objetos de primera inutilidad, que un día ú otro encontramos cubiertos de polvo en las prenderías, donde estorban, como en todas partes.

Ni aun para beber sirven las tales copas. Pertenecen al número de esos artefactos que, si no tienen chispa de bonitos, en cambio no valen de nada. Diríase, en verdad, que al discurrir premios, como al discurrir regalos, nadie es capaz de concebir una idea práctica. Los días de santo y las noches de beneficio, los «amigos y admiradores» compiten en ofrecer al obsequiado, lo más perfectamente superfluo, amén de deleznable. Los actores de fama—según me dijo el graciosísimo bufo Rosell—tienen avisada de víspera á la prendera, para que, al punto de la madrugada, al día siguiente á la *serata d'onore*, vengan á desembarazarles de tanta baratija.

* * *

Siempre he creído, y tal vez lo he dicho aquí, que cuando tal género de obsequios se haga con arreglo á las prescripciones del sentido común, las gentes